

direcciones por el Piamonte. Massena ocupó á Cherasco, distante de Turín no más que diez leguas; Augereau entró en Alba, cuya población le recibió con vivas á la República. También los habitantes de Mondoví aclamaron á los franceses y plantaron el árbol de la libertad; pero su entusiasmo se enfrió cuando Bonaparte les impuso un millón de tributo. El terror se señoreó de la corte de Turín, que no podía enviar refuerzos á Colli, ni esperar apoyo del Austria, y veía apuntar en varias partes del reino ideas revolucionarias. No era el rey Víctor Amadeo de grandes alientos, y los pocos que tenía se los mataron las enérgicas observaciones, dichas con tono amargo, del cardenal-arzobispo de Turín acerca de la volubilidad y egoísmo del Austria, el temor de una explosión revolucionaria en su propio pueblo y la penuria de la hacienda, tristemente pintada por su ministro. Se acordó enviar dos plenipotenciarios á Génova para entablar negociaciones de paz con el embajador francés, Faipoult, y ordenar al general Colli que pidiese un armisticio á Bonaparte. Éste habló muy claro. Empezó por declarar que, habiéndose reservado el Directorio las gestiones diplomáticas, los enviados sardos debían partir para París ó esperar en Génova la llegada de plenipotenciarios franceses, y por su parte manifestó, que solamente podría aceptar la tregua en el caso de que se le entregasen, como prenda de un sincero deseo de paz, dos de las más importantes fortalezas del Piamonte. Enseguida dirigió á París una comunicación, describiendo su situación con los más sombríos colores. Con treinta y siete mil hombres desnudos y hambrientos tenía que combatir, decía, á cien mil enemigos, soldados excelentes y bien equipados, que se batían con el valor de la desesperación, y luego daba cuenta del ofrecimiento de Colli, expresando la esperanza de haber interpretado fielmente en su respuesta las ideas del gobierno. Al mismo tiempo que el despacho, envió á París á su ayudante Junot, con veintiuna banderas conquistadas y la seguridad de que los ejércitos eran fieles al Directorio y enemigos de todas las facciones. También Faipoult manifestó á los embajadores sardos que el Directorio se había reservado la facultad de negociar y concluir la paz. Al mismo tiempo que estas respuestas, Víctor Amadeo recibió de Beaulieu la intimación de admitir guarniciones austriacas en las fortalezas de Alejandría y Tortona, lo que acabó de inclinarle á favor de los franceses. El veintiséis de Abril, Colli notificó á Bonaparte que los embajadores sardos iban camino de París, y que el rey estaba dispuesto á entregar Coni y Tortona. Loco de alegría, Bonaparte aumentó sus exigencias, añadiendo una tercera fortaleza, Ceva, y que se dejasen abiertos tres caminos á las columnas y correos franceses al través del Piamonte. «El rey de Cerdeña, escribió acto continuo al Directorio, se verá obligado á firmar la paz que le impongáis, porque independientemente de los países comprendidos entre Coni, Cherasco, Alba y Alejandría, tendremos los fuertes de Coni y las fortalezas de Tortona y Alejandría. Si esto se termina mañana, partiré pasado, obligaré al Duque de Parma á pedir la paz y procuraré pasar el Pó, para apoderarme del Milanesado. Si no aceptáis las

proposiciones del rey de Cerdeña, tan difícil me será tomar á Turín dentro de quince días como ahora.... Considero este acontecimiento como uno de los más faustos que se pueda imaginar, añadía; todos los generales y los comisarios del gobierno lo ven conmigo». La tarde del veintiocho de Abril se firmó la tregua, por la que Cerdeña abandonaba á la coalición y se entregaba, atada de pies y manos, á la República francesa. El mismo día, Bonaparte dió cuenta al Directorio de este acto, diciéndole que podía á su gusto ratificarlo ó rechazarlo, y agregaba que se disponía á marchar contra Beaulieu, tomar la Lombardia y penetrar en Baviera por el Tirol, donde esperaba unirse al ejército del Rhin, para derribar al emperador: plan que juzgaba digno del Directorio y de Francia. «Mandad que quince mil hombres del ejército de los Alpes se pongan á mi disposición; con esto tendré un contingente de cuarenta y cinco mil hombres, de los cuales podré enviar parte á Roma. No contéis con una revolución en el Piamonte; ésta vendrá, pero cuando el espíritu de estos pueblos esté maduro para ello. Si continuáis otorgándome vuestra confianza y aprobáis mis proyectos, estoy seguro del éxito: Italia será vuestra». La noche del mismo día veintiocho, dió órdenes á los diversos cuerpos para la ocupación de las tres fortalezas y la persecución de Beaulieu. El veintinueve, nueva carta al Directorio. «Enviaré mil doscientos hombres á Roma cuando esté seguro de que concedéis la paz al rey de Cerdeña y cuando haya recibido parte del ejército de los Alpes.... Impondré unos cuantos millones de contribución al Duque de Parma, que os hará proposiciones de paz; no os apresuréis á aceptarlas, para que yo tenga tiempo de hacerle pagar los gastos de la campaña. En cuanto á Génova, creo que debéis pedirle quince millones, como indemnización por los barcos cogidos en sus puertos. Si me encargáis de todo esto y guardáis el mayor secreto, realizaré todo lo que queráis».

¡Pobre Italia! Bonaparte le aplicaba literalmente su proclama del veintisiete de Marzo; los soldados se la aplicaban también. El general pedía millones, objetos de arte, manuscritos, y ellos, después de cada combate, se arrojaban sobre las ciudades como animales hambrientos. A tales extremos llegaron la brutalidad y la licencia, que dos jefes de brigada dimitieron el mando. Laharpe escribió á Napoleón que sus tropas eran peores que vándalos, y el mismo Bonaparte decía al Directorio que estaba avergonzado de mandar á semejantes bandidos. No adoptó, sin embargo, ninguna medida severa, limitándose á fusilar de tarde en tarde á algún saqueador más desenfrenado que los otros. Quizás el mal fuese irremediable. «Si los soldados tuviesen víveres, se les podría prohibir el saqueo», se dijo en consejo de generales. Mas no puede negarse que Bonaparte cerró con demasiada frecuencia los ojos sobre las depredaciones de los jefes militares y de los comisarios civiles. Después de todo, era en esto consecuente; no así en su conducta con las poblaciones italianas, llena de singulares contradicciones. En su segunda proclama, del veinticinco de Abril, prometía á sus soldados la conquista, y á los pueblos italianos la libertad.

Era este el comienzo del gran equívoco que había de emplear toda su vida en sus palabras y en sus actos. Sin creencias, sin principios, apelaba, alternativamente ó á la vez, á todas las creencias y á todos los principios contradictorios, al tiempo que á los intereses y á las pasiones. París y Francia no conocían esto; sólo veían el esplendor de aquellos rápidos triunfos, que le producían entusiasmo delirante. Nunca se había visto, durante dos semanas, señalados todos los días por una nueva victoria de las armas ó de la diplomacia. Los Consejos decretaron que el ejército de Italia había merecido bien de la patria y que se celebrase una fiesta á la victoria. Mas el Directorio no estaba del todo complacido. Conforme con el pueblo en proclamar el valor del joven general, lamentaba que éste jamás obedeciese sus órdenes. La discusión de la tregua con Cerdeña fué larga. Rewbell murmuraba de Bonaparte por no haber transformado el Piamonte en República; en cambio, el ministro de Hacienda se deshacía en elogios al general que no le pedía un franco y prometía enviar millones al Tesoro agotado. Se acordó, al cabo, ratificar el armisticio, que el catorce de Mayo fué sustituido por el tratado de paz, y cortar en adelante las alas al espíritu de independencia del ambicioso general.

Antes de que se hubiesen festejado en París las primeras victorias del ejército de Italia, se alcanzaron nuevas y más importantes. Beaulieu, al retirarse del Piamonte, tomó posición defensiva detrás del Agogna, cuya fuerza natural aumentó con trincheras, esperando proteger á Milán contra un ataque por el Oeste. Vana esperanza. Bonaparte, que se hallaba al Sur del Pó, bajó por la ribera derecha, hasta más allá de la embocadura del Agogna y del Tesino, envolviendo por completo la posición austriaca. Estas operaciones no impidieron al general francés ocuparse en los asuntos políticos. El primero de Mayo, pidió á Faipoult el inventario de los principales cuadros y estatuas de Parma, Módena y Bolonia; el seis, en el instante de pasar el Pó, anunció al Directorio que iba á exigir seis millones á Módena y efectuar una algarada en Livurna, concluyendo con estas palabras: «Estos pequeños príncipes necesitan ser dirigidos; aprecian una nota del ejército mucho más que de nuestros diplomáticos; el temor los hace honrados y respetuosos hasta la bajeza». La tarde del siete de Mayo, los primeros destacamentos franceses llegaron á Placencia, sobre el Pó, rechazando allende el Adda varios pequeños destacamentos austriacos. Beaulieu se apresuró á evacuar su posición, donde corría grave riesgo, abandonar á Milán y ganar la ciudad de Lodi, principal paso del Adda. Bonaparte hallábase ocupado, á la sazón, en una campaña diplomática con el Duque de Parma, al que otorgó el nueve de Mayo una tregua, mediante la entrega de dos millones de francos, diez mil setecientos caballos, veinte cuadros de grandes pintores, entre ellos el «San Jerónimo» de Correggio, quince mil quintales de trigo y dos mil bueyes. Se lo comunicó no más que á Carnot, añadiéndole que el Duque de Módena enviaba á París negociadores, y que, si todo marchaba bien, esperaba enviar pronto diez millones contantes y sonantes. Acabado este asunto,

subió á caballo, para no dejar á Beaulieu tiempo de respirar. Como el número de sus tropas era doble, por lo menos, que el de las austriacas, resolvió tomar esta vez el toro por los cuernos, cerrando esta primera parte de su campaña con un golpe brillante. La madrugada del diez llegaron sus tropas á Lodi, cuyo puente guardaban, por el opuesto extremo, nueve mil imperiales y una batería de treinta cañones. Bonaparte hizo subir á su caballería río arriba hasta un paso, por donde lo vadeó, y luego mandó á cuatro mil granaderos entrar á la carrera por el puente. Dos veces la artillería enemiga rechazó el ataque; pero la caballería pareció, el general Massena, el jefe de estado mayor Berthier, otros dos generales y el coronel Lannes se precipitaron á la cabeza de la columna, y el puente fué pasado, los cañones austriacos tomados, la infantería derribada y conquistada la ribera izquierda del Adda. La persecución fué activa, retirándose Beaulieu, con los restos de su ejército que pudo reunir, detrás del Mincio y en Mantua. El diez y seis, Bonaparte, radiante de dicha y de orgullo, entró triunfalmente en Milán, entre las aclamaciones de los habitantes. «Y bien, preguntó por la noche á su ayudante Marmont, ¿qué se dirá en París?». Habiéndole respondido Marmont que la admiración llegaría al colmo, continuó: «Esto no es nada; espero obtener aún otros muchos favores de la fortuna; dentro de unos días estaremos en el Adige, y toda Italia será nuestra; si entonces se nos proporcionan medios convenientes, la dejaremos é iremos más lejos; nadie, en nuestro tiempo, ha tenido un gran pensamiento; á mí me toca dar el ejemplo». Participó al Directorio la sumisión de la Lombardía y que en breve entraría en Baviera por el Tirol, si, al fin, se ponían en movimiento los ejércitos del Rhin; el diez y siete, firmó una tregua con el Estado de Módena, mediante el pago de veinte millones y la entrega de veinte cuadros; el diez y ocho, hizo sacar de Milán diez cuadros, algunos vasos y varios preciosos manuscritos, y anunció á la Lombardía que Francia acababa de emanciparla del yugo austriaco. ¡Valiente consuelo, si al mismo tiempo le hacía sentir el peso del nuevo yugo exigiéndole veinte millones por gastos de guerra!

En medio de estos embriagadores triunfos, que llenaban con su ruido toda Francia y toda Europa, recibió Bonaparte el trece de Mayo la comunicación del Directorio, participándole su resolución de dividir el mando del ejército entre él y el general Kellermann. Este despacho dejó á Bonaparte frío; mas no vaciló un instante sobre lo que debía contestar. Su carta, que envió al día siguiente, decidió de su porvenir y del de Francia. «Vuestras esperanzas están cumplidas, decía; puesto que, á la presente hora, toda la Lombardía es de la República. Beaulieu tiene aún numeroso ejército, y el emperador le manda un refuerzo de diez mil hombres, que están ya en marcha. Creo muy impolítico dividir en dos el ejército de Italia; es también contrario á los intereses de la República. La expedición á Livurna, Roma y Nápoles es poca cosa; debe realizarse con divisiones colocadas por escalones, de suerte que se pueda, retrocediendo, hallarse con fuerzas contra

los austriacos al menor movimiento que intenten. Para esto se requiere un solo general, y que no se le embarace en su marcha ni en sus operaciones..... Si me imponéis trabas, si he de dar cuenta de mis pasos á los comisarios del gobierno, no esperéis nada bueno. Si debilitáis vuestros medios dividiendo las fuerzas, si rompéis la unidad del pensamiento militar, perderéis la más hermosa ocasión de imponer leyes á Italia. Necesitáis tener aquí un general, de toda vuestra confianza. Si no fuere yo, no me importa; me aplicaré á merecer vuestra estima en el puesto que me designéis. Cada cual tiene su modo de hacer la guerra. Kellermann es general de mucha experiencia, y la hará mejor que yo; pero juntos los dos la haremos muy mal..... Comprendo que se necesita mucho valor para escribiros esta carta; ¡es tan fácil acusarme de ambición y de orgullo!, pero debo manifestaros todos mis sentimientos, puesto que me habéis dado siempre pruebas de aprecio que no debo olvidar. Cuando ésta llegue á vuestras manos estaremos ya en camino, y vuestra contestación me hallará probablemente cerca de Livurna». En carta particular á Carnot, añadía: «Creo que un mal general vale más que dos buenos. La guerra es como el gobierno, cuestión de tacto. Guerrear aquí ó en otra parte, me es indiferente. Servir á la patria, merecer de la posteridad una página en nuestra historia, dar al gobierno pruebas de mi adhesión y de mi desinterés, en esto cifro toda mi ambición. Pero me sublevo á la idea de que se pierdan en ocho días dos meses de fatigas, de penas y de peligros, y de que se quiera ponerme trabas». Imposible ser más cortés en la forma, más firme en el fondo. De buen ó mal grado, el Directorio tuvo que ceder. El veintiuno de Mayo participó al general que la confianza en sus dotes y en su celo republicano habían decidido la cuestión conforme á sus deseos; que debía marchar lo más pronto posible contra Livurna; que no pudiendo dirigirse desde París las otras operaciones contra Mantua ó el Tirol, le confería poderes ilimitados, circunscribiéndose á recomendarle prudencia y expresarle el deseo de que no se invadiese el Tirol hasta después de la expedición al Sur de Italia. Desde este día, veintiuno de Mayo, Bonaparte se consideró como dueño soberano del ejército de Italia; resolvió por sí todas las cuestiones militares y diplomáticas; arregló la administración y la hacienda de los países vencidos, y decidió á su antojo de la suerte de los Estados italianos. El curso rápido y maravilloso de sus victorias aumentó hasta lo infinito el sentimiento de su fuerza, y á cada paso adelante se abrieron á su vista nuevos horizontes. Entonces empezó á no contar con las dificultades, desdeñar los éxitos alcanzados y fabricar de continuo nuevos planes. Los oficiales le respetaban y admiraban; cada día sentíanse unidos á él por vínculos más robustos, y no habían de tardar en preferirle á la República y á la patria.

Su conducta en Lombardia siguió siendo una sarta de contradicciones. En sus elocuentes y arrebatadoras proclamas, que apasionaban á los soldados, admiraban á los extranjeros y fascinaban todas las imaginaciones, hablaba de la libertad de Italia, de la restauración del Capitolio, de la fraternidad de los pueblos; en sus actos, sólo se cuidaba de saquear

y oprimir, exigiendo millones sobre millones, arrebatando las obras maestras de arte, los vasos preciosos de las iglesias y el dinero de los Montes de Piedad, requisando los caballos de lujo, las maderas para construir navios y las telas para las velas. «Enviadnos, le escribía el Directorio, todo lo que se pueda transportar, todo lo que pueda sernos de alguna utilidad». A estas depredaciones oficiales se juntaban las que disponían por su cuenta los oficiales subalternos, los comisarios y los abastecedores, y las rapiñas de los soldados, que, muertos de hambre, saqueaban brutalmente las poblaciones y maltrataban á sus habitantes. La larga lista de quejas sin cesar renovadas, de castigos siempre repetidos y de desórdenes constantes, muestra que Bonaparte, fuera de los casos graves que pudieran transcender al orden militar, aflojaba las riendas de la disciplina, sabiendo que con esto, no menos que con sus triunfos, se ganaba el afecto de los soldados. Esta rudeza y codicia de los conquistadores provocaron en días honda reacción, que alentaron los partidarios del Austria y del clero. Cuando Bonaparte, á los ocho días de haber entrado en Milán, salió de esta ciudad para ir á ponerse al frente de sus columnas, que marchaban hacia el Mincio, la rebelión estalló á sus espaldas en toda la llanura, hasta el Tesino, y en Pavia. Retrocedió á escape, y como hallase á Milán apaciguada, se dirigió contra Pavia, con mil doscientos hombres. Su crueldad fué espantosa. Pasó á degüello á todos los habitantes de la aldea de Binasco, que las llamas consumieron, y entregó á Pavia, durante treinta y seis horas, al desenfreno de una soldadesca enfurecida. Estos ejemplares castigos sembraron en el país terror profundo, y para sujetarlo más aún, envió á París cuatrocientos rehenes elegidos entre las principales familias de los milaneses.

Comprimida la rebelión, Bonaparte reanudó su marcha al Este, con el propósito de lanzar de Italia los restos del ejército austriaco y tomar una posición que le permitiese, con los menores recursos posibles, defender el país contra nuevas invasiones del lado de Alemania. Al efecto, su mirada se fijó en la línea del Adige. Se encaminó primero hacia el Mincio, á donde, después de la batalla de Lodi, se había retirado Beaulieu para proveer de fuerte guarnición y de víveres la fortaleza de Mantua, situada en medio de los lagos y pantanos de la cuenca baja de aquel río. Bonaparte aparentó dirigir la masa principal de sus tropas á la parte alta del Mincio, metiendo tres de sus divisiones en las provincias venecianas de Bérgamo y Brescia, sin respetar la neutralidad de Venecia; y desde Brescia publicó el veintiocho de Mayo una proclama tranquilizadora, prometiendo á la oligárquica República la amistad de Francia y al pueblo una severa disciplina en sus tropas, junto con el pago de todos los víveres. Beaulieu, temiendo que se le cortase la retirada por el Tirol, ordenó al general Liptay ocupar la fortaleza de Peschiera, veneciana también, levantada en el punto donde el Mincio sale del lago Garda. Esto era anticiparse á los deseos de Bonaparte, el cual, viendo notablemente disminuidas las fuerzas austriacas en la parte baja del río, envió contra el puente de Borgheto cuatro divisiones, que tras ligero